

EL COLMENAR

Un pueblo y un huerto

La crisis económica está siendo implacable. Los recortes cada vez son más difíciles de soportar, aunque se nos vendan como inevitables, y la prima de riesgo se dispara sin motivos aparentes para ello. Vivimos en un sin vivir, con la mirada puesta en los mercados internacionales que especulan a nuestra costa y cuestionándonos cada mañana la capacidad de ser dueños de nuestro futuro.

En medio de este panorama, es frecuente escuchar voces que anuncian otros modelos de supervivencia. Si el sistema ya no funciona, lo mejor que podemos hacer es buscar alternativas, y antes de que sea tarde. Si no somos capaces de generar riqueza, ni puestos de trabajo, tendremos que cambiar los actuales esquemas. Si no podemos competir con los chinos, ni hacer frente a las economías emergentes, habrá que inventar algo para defendernos de este acoso exterior y para mantener con dignidad el estatus adquirido en las últimas décadas.

Cuando se abre este debate y se plantean estas disyuntivas – además de repetir cada cinco minutos “de esta vamos a salir” o “la que está cayendo” -, suele aparecer alguien que te dice: “nos vamos al pueblo, compramos unas gallinas y ponemos un huerto”. En una palabra, volvemos a los orígenes, a la economía de supervivencia y a la feliz convivencia con ese medio ambiente que tanto preocupa a quienes no conocen el campo.

Volver al pueblo puede ser una salida. No lo dudo. Cambiar la gran ciudad por el pequeño núcleo rural, donde “abrir una ventana en la mañana y respirar” - que diría María Ostíz -, hasta parece un sueño. Despreocuparse de la prima de riesgo y prestarle más atención a la prima del pueblo tampoco es mala idea. Sin embargo, no creo que se pueda volver atrás.

La solución a la crisis económica no está precisamente en el campo, donde la crisis lleva instalada desde los inicios de la era industrial. Ahora hay mejores servicios, pero sigue habiendo precariedad.

El pueblo está muy bien para volver en vacaciones. Incluso para alargarlas unos meses más, cuando uno abandona las obligaciones laborales y adquiere la categoría de jubilado en ejercicio. Ojalá me equivoque, pero no creo que la crisis económica tan grave que estamos viviendo provoque una reactivación de la actividad económica y social de los pequeños núcleos rurales donde algunos nos criamos. Al menos, a corto plazo.

“¡Quién sabe si algún día no tendréis que volver al pueblo!”, le escuchaba decir a mi madre, ante la más ligera insinuación de vender alguna de las